

ENTREVISTA

Jaime de Ojeda

Por Manuel Iglesias Cavicchioli



Entrevistamos a Jaime de Ojeda (Roma, 1933) para Tribuna Norteamericana. Diplomático de carrera y gran conocedor de la política americana, ha sido embajador de España ante la OTAN (1983-90) y en EE.UU. (1990-1996). Reside en Winchester (Virginia) desde hace casi veinte años, donde se sigue desempeñando como profesor en la Shenandoah University.

Con él, reflexionamos sobre los principales asuntos de política interior y exterior de los EE.UU. y repasamos la actualidad americana, marcada por el final del mandato de Barack Obama y la proximidad de unas nuevas elecciones presidenciales.

“Obama cumplió su promesa de retirar las tropas americanas en Irak y Afganistán, pero el resultado, como era de esperar, no ha sido positivo”

El mandato de Obama afronta su recta final. Han sido ocho años que se iniciaron con una herencia envenenada y con unas expectativas enormes, verdaderamente desmedidas. ¿Qué balance haría del mismo en el ámbito de la política doméstica? ¿Qué América encontró y qué América deja Obama?

En 2008 tuve ocasión de escribir un artículo titulado “Por qué querrá alguien ser presidente de los EE.UU.”, tal era la herencia envenenada que le dejaba a Barak Obama su antecesor. Contrastaba con la enorme ilusión con que un electorado, en gran parte formado por jóvenes recién censados, elegía al primer presidente negro, que prometía, además, superar la extrema polarización política y la resultante paralización del gobierno. Lejos de disminuir la tensión racial del país, la elección de un negro la ha intensificado entre los conservadores, mientras que su impotencia ante la cerrada oposición de los republicanos ha desilusionado a los demócratas, como se vio en su derrota en las elecciones legislativas de 2010.

Son muchos los que critican al presidente en su política doméstica: ¿pecó de ingenuo en sus primeros esfuerzos por tender puentes a la oposición republicana e intentar por todos los medios conseguir la aprobación de un presupuesto que supusiera aumento de los

impuestos a las clases más adineradas? Es posible que el presidente no haya hecho más que perder el tiempo en los primeros dos años de su mandato, pero el hecho es que consiguió su reelección en 2012 y que ha compensado esa ingenuidad arriesgándose a superar la irreductible oposición del congreso republicano empleando al extremo sus competencias constitucionales con una amplia acción ejecutiva respecto a la inmigración indocumentada y la protección del medio ambiente.

La ciega oposición del congreso no le ha permitido ver aprobadas legislativamente otras muchas de sus propuestas, por muy moderadas que hayan sido, entre las que destacan las relativas a la educación y la infraestructura. Logró, en cambio, que el Tribunal Supremo refrendara, aunque con algunas reservas, la ley de tratamiento médico asequible, contra reiterados intentos de los republicanos, en el congreso federal y en los estados, por abrogarla o impedir su cumplimiento. En la actualidad el 90 por ciento de la población goza del seguro médico y la expansión de “medicare”. En el sector financiero, continuó con éxito lo que su predecesor había iniciado, lo extendió a la industria del automóvil, e introdujo una reforma financiera que si no ha sido tan profunda como muchos hubieran deseado al menos ha garantizado la estabilidad de las finanzas. Por otro lado, ha creado 10 millones de nuevos puestos de trabajo y reducido el paro a menos del cinco por ciento, a pesar del débil crecimiento económico.

Y en cuanto a su política exterior, ¿qué destacaría de estos últimos ocho años?

Más difícil es enjuiciar su política exterior. Cumplió su promesa de retirar las tropas americanas en Irak y Afganistán, pero el resultado, como era de esperar, no ha sido positivo: el vacío que dejaron ha sido aprovechado por Al-Qaeda y Daesh en Irak y los talibanes en Afganistán. No ha dudado en ordenar la osada expedición que puso fin a

Osama Bin-Laden, ni en asesinar con “drones” a los yihadistas más conspicuos y peligrosos. Prestó una imprescindible asistencia a los europeos para poner fin al régimen de Gadafi en Libia. No ha querido, sin embargo, intervenir en Siria. Se le acusa de no haber querido asistir adecuadamente a la oposición, ni siquiera cuando El Assad violó impunemente las “líneas rojas” respecto al uso de armas químicas. El presidente reitera que el uso de fuerzas militares en conflictos civiles en el extranjero no puede sustituir una solución política que solo los nacionales de esos países pueden acordar, máxime cuando los opositores en Siria están divididos en multitud de facciones. Insiste, además, en que esa conflictividad regional no significa un peligro para la seguridad de los EE.UU., a pesar de la repugnancia que inspiran sus bárbaros desmanes y su inusitada violencia. Sus iniciativas por conseguir al menos un cese del fuego en Ginebra se han visto frustradas por los mismos sirios, primero, y por la intervención rusa, luego. Ahora se le acusa también de haberla facilitado con su inacción y de apoyar así al régimen de El Assad. Está convencido de que los rusos acabarán dándose cuenta de que ha sido un tremendo error y mientras tanto está conduciendo la política en ese conflicto con enorme cuidado para impedir que turcos, rusos y sirios obliguen a los EE.UU. a intervenir militarmente. Sea como fuere, es admirable su contención ante retos tan palpables. Le apoya una gran mayoría de la nación, que prefiriendo aún una política más contundente, está ahíta de las intervenciones militares que tan desastrosas han resultado. Una importante razón de la contención del presidente ha sido no permitir una distracción de su política respecto a Asia, que piensa será el centro de gravedad del futuro, y especialmente el delicado equilibrio que exige unas buenas relaciones con China compatibles con la contención del exceso de sus ambiciones. Desde el comienzo de su mandato ha prestado prioridad a la reducción de la amenaza de las armas atómicas. Su famoso discurso de Praga en 2009 ha culminado en cuatro cumbres de más de 50 países, la reducción de armas nucleares acordada con Rusia en el nuevo tratado START,

“Los europeos debemos encontrar la manera de adaptarnos a las nuevas circunstancias del mundo o vernos condenados a ser una región en lento declive”

el robustecimiento del tratado de no proliferación nuclear, apoyado por el banco nuclear internacional para la cooperación civil que se está construyendo en Kazajstán; y, por último, el atrevido convenio que ha reducido considerablemente la capacidad nuclear iraní. No podemos olvidar los pasos que ha dado para normalizar las relaciones con Latinoamérica, especialmente respecto a Cuba y Argentina. Mientras tanto, los europeos tenemos que darnos cuenta de que también nosotros hemos de encontrar la manera de adaptarnos a las nuevas circunstancias del mundo o vernos condenados a ser una región en lento declive.

Los republicanos, tanto desde dentro como fuera del Congreso, han ejercido una oposición implacable contra el presidente Obama, a quien, entre otras cosas, han tachado de ‘extranjero’, ‘socialista’ y ‘débil’. ¿Hemos asistido al periodo de mayor polarización política, ideológica y social en los EE.UU. desde que acabó la Guerra Fría?

Los EE.UU. han estado divididos en dos o más partes durante toda su historia; pero la polarización política e ideológica que vivimos en nuestros días es de una intensidad muy

superior. Aunque tiene un largo historial, arranca del *New Deal*, que la tremenda crisis de 1930 permitió al presidente Franklin D. Roosevelt introducir, contra una gran resistencia, y de la igualdad de los derechos civiles de los negros y la extensión de la seguridad social de los presidentes Kennedy y Johnson. El progresismo de los demócratas produjo, además, un gran cambio de los “valores” del país. La generación de la II Guerra Mundial se vio de golpe sorprendida y escandalizada por los movimientos juveniles de los años 60 que, igual que en Europa, rechazaban y se revolían contra el credo moral de sus mayores. La judicatura, primero, y las legislaturas federal y de los estados, luego, han ido aceptando progresivamente esta revolución social y moral: la igualdad de derechos de los negros, la terminación de la segregación racial en todos los campos, la ampliación de la seguridad social, el derecho al aborto y la tolerancia de la homosexualidad, hasta llegar a la aceptación legal del matrimonio del mismo género. Es una evolución que hemos visto desarrollarse casi día a día en los últimos años.

“Los EE.UU. han estado divididos durante toda su historia; pero la polarización política e ideológica actual es de una intensidad muy superior”

Ahora ese amplio sector de blancos, en su mayor parte también mayores, no solo se ve arrinconado por la marea demográfica de las minorías, ya no solo negras sino también hispanas y asiáticas, sino que también exige una defensa de sus valores tradicionales y un retorno a una gobernación menos social y por ende menos costosa. El presidente Reagan ganó las elecciones en 1980 por representar precisamente a ese sector social. Los blancos del sur dejaron al partido demócrata para pasarse al republicano y las clases laborales del norte, también tradicionalmente demócratas, votaron a su favor, sin darse cuenta,

de que por mor de sus “valores” estaban votando en contra de sus intereses económicos y sociales. Se ven arrastrados por la frustración inevitable de sus sentimientos. No les interesa perder el tiempo estudiando y debatiendo los temas específicos de la política, lo que quieren es una confrontación quijotesca, dramática y contundente, contra esos “molinos” erigidos por la malevolencia diabólica de la izquierda. Ganaron las elecciones legislativas de 2010 y de 2012, y pese a que controlan la mayoría de la Cámara de Representantes y el “filebusterismo” en el Senado, así como la mayor parte de las gobernaciones y legislaturas de los estados, no logran la victoria moral y económica que llevan años exigiendo. Inútil añadir que la crisis económica de estos años contribuye sensiblemente a esta frustración.

Los republicanos han representado y alentado esa frustración con la cerrada obstrucción de cuanto el presidente Obama y los demócratas han intentado realizar. La paralización resultante del proceso político ha incrementado aún más la rabia de sus electores que en la actual campaña electoral creen oír su propia voz en las incoherentes bravatas de Donald Trump.

Precisamente el surgimiento y éxito de Donald Trump, con propuestas abiertamente racistas, xenófobas e islamófobas, deben llevarnos a reflexionar sobre la situación del Partido Republicano. Durante los últimos ocho años, con la emergencia del Tea Party, el GOP ha experimentado una notable deriva que podríamos tildar como ultraconservadora y populista. ¿Cómo valora su situación de cara a las elecciones presidenciales? ¿Estamos ante un partido dividido entre un establishment debilitado y un sector radicalizado de creciente influencia?

En realidad la deriva conservadora y populista del Partido Republicano se inició en 1964 con la ley de derechos civiles y la expansión de la seguridad social del presidente Johnson. Desde entonces el Partido Republicano ha estado erosionando las bases de los demócratas apelando a los temores de la mayoría blanca, especialmente de las clases laborales, medias y bajas, por su resistencia a la igualdad de derechos con las minorías negra e hispana, y por la pérdida de sus “valores” tradicionales. El crecimiento de la inmigración y el paro generado por la globalización y la crisis económica han intensificado, naturalmente, esos temores.

“Una de las diferencias más notables entre Europa y los EE.UU. es la firme creencia en la independencia del individuo”

Ronald Reagan logró en 1980 un vuelco de los demócratas del sur y de los demócratas laborales hacia el Partido Republicano, e inició así la política que ha desembocado en la presente situación: aliando esos temores con la ideología de los conservadores fiscales (presupuestos equilibrados mediante la reducción del gasto social, disminución de impuestos para fomentar el crecimiento de arriba abajo) logró la coalición que ha llevado al partido a los éxitos electorales de sus sucesores. Consiguió así que por mor de sus “valores” y sus temores, las clases menos favorecidas votasen a favor de un partido que iba en contra sus intereses.

Al ver el éxito de esta política los republicanos han ido extremando su retórica y pasando del conservadurismo tradicional a los “ultras” del “partido del té” y ahora a la cerril campaña de Trump y Cruz. Están siendo víctimas de su propio éxito. Es fácil despertar al tigre, pero no tanto ir a montarlo: ahora los próceres del partido ven con horror cómo su propia demagogia amenaza con destruir al partido, al antagonizar a los diversos sectores que Reagan logró coaligar. Y, en efecto, si Donald Trump y el partido continúan en esta dirección corren el riesgo de perder las elecciones presidenciales en noviembre, pese a las mayorías que sus candidatos han alcanzado en las primarias, e incluso pueden ver mermada su mayoría en la Cámara de Representantes y ciertamente en el Senado.

El Partido Demócrata, en cambio, parece más cohesionado. No obstante, se aprecia una acentuación de lo ‘social’ en su ideario, plasmada en una mayor preocupación por la desigualdad. Incluso Hillary Clinton, quizás llevada por la rivalidad con Bernie Sanders, parece irse más a la izquierda que Obama. ¿Existe realmente un cambio en el centro de gravedad del liberalismo americano desde las posiciones neoliberales típicas de los 90 a otras más de corte socialdemócrata a la europea?

Una de las diferencias más notables entre Europa y los EE.UU. es la firme creencia en la independencia del individuo, su responsabilidad por sus propias circunstancias y el rechazo de todo modelo social de gobierno. En diverso grado pero de manera general los americanos se niegan a resolver problemas personales mediante cualquier solución socializante. Solo la crisis económica de 1929 permitió al presidente Franklin Roosevelt introducir el *New Deal*, la seguridad social que luego el presidente Johnson amplió en 1964 con

la *Great Society*. Desde 1947 los demócratas han estado intentando infructuosamente conseguir un seguro médico nacional que solo en 2010 logró el presidente Obama y ni siquiera la gran concesión que hizo, renunciando a un seguro nacional, en favor de un sistema híbrido, como en Holanda y Suiza, ha logrado reducir la enemistad acérrima de los republicanos y de un gran sector social del país.

El progresismo de los demócratas es menos ideológico que el conservadurismo de los republicanos y por la misma razón es menos efectivo. Ha avanzado en tiempos de crisis, como en 1930, y con la llegada de nuevas generaciones que han ido aceptando cambios fundamentales en el campo de los “valores”: el aborto, el matrimonio entre razas, la igualdad de derechos de las minorías, la homosexualidad, el matrimonio del mismo género, el declive de las iglesias tradicionales... Cada avance, sin embargo, genera un rechazo de las generaciones anteriores y, de esta manera, desde 1980 los demócratas han visto sus mayorías anteriores seriamente comprometidas por una reacción conservadora. Por otro lado, la prosperidad de las últimas décadas y los efectos de la globalización han reducido muy considerablemente el papel de los sindicatos que hoy en día no representan más del diez por ciento del trabajo.

La crisis económica y financiera, sin embargo, ha generado una ansiedad existencial que Sanders está agitando con su personal credo social, lo mismo que consigue Trump del lado conservador. Hillary Clinton intenta apelar a los mismos grupos que Sanders encandila, pero para ganar las elecciones presidenciales procura no antagonizar a los elementos moderados del partido, tan importantes como los laborales. Es un equilibrio difícil de mantener y, en efecto, la retórica de Sanders está obligando al partido a virar hacia una izquierda más radical. Aunque Sanders sabe que no logrará probablemente la nominación de la convención demócrata, continúa en la campaña con la esperanza de despertar esa deriva entre las bases del partido y confirmarla en el programa político que adopte la convención.

¿Cuáles son, a su juicio, los temas centrales que van a decidir la campaña presidencial? ¿Qué papel están jugando y pueden jugar las cuestiones de política exterior?

Las cuestiones de política exterior, salvo durante la Guerra fría, nunca han sido importantes en las campañas electorales de los EE.UU. Es en parte debido al aislamiento geográfico e histórico del país. Los actos terroristas de fanáticos islamistas desde el trágico 11 de septiembre de 2001 han despertado a la opinión pública, pero sin llegar a convertirse en un tema fundamental de las elecciones. Los conservadores intentan aprovechar esa ansiedad en favor del presupuesto de defensa y de una política exterior más contundente, al estilo de la intervención militar en Irak. El presidente Obama, sin embargo, insiste en que el desorden y el caos de Siria e Irak no significan un peligro directo para la seguridad del país que justifique una intervención armada y lo está consiguiendo pues la opinión pública, aunque no le guste, rechaza una repetición de los descabros en Irak y Afganistán.

El tema central de la campaña electoral de este año es la crisis económica de las clases medias y bajas, cuyos salarios han ido perdiendo su valor en los últimos años, en contraste con el impresionante enriquecimiento de las clases más adineradas. La desigualdad social es el principal tema de la campaña de Bernie Sanders, e incluso de Hillary Clinton. Donald Trump agita la misma ansiedad, alardeando que con el éxito de su enorme fortuna sabría cómo resolver la crisis económica. En ambos bandos destaca la indignación del electorado por la incapacidad que los políticos han demostrado en los últimos años por resolver el marasmo de la economía y el malestar social.

Naturalmente, la inmigración, y más concretamente el futuro de los once millones de indocumentados, es parte de esa indignación. Es fácil despertar el “nativismo” contra la inmigración, como ha sucedido con asiáticos, irlandeses e italianos en el pasado. Es difícil

argumentar que a la larga no significa en realidad una pérdida de puestos de trabajo. Los demócratas han estado intentando una reforma de la ley de inmigración que los republicanos han rechazado pertinazmente.

La preocupación laboral se extiende también a otro tema que ambos bandos atacan: los tratados de libre comercio que el presidente Obama está negociando con Europa y varios países del Pacífico. Sin debatir los efectos positivos y negativos de la globalización, ambos bandos condenan, en diverso grado, lo que muchos consideran sería un serio ataque a sus derechos laborales y puestos de trabajo.

Es lamentable, sin embargo, que los debates de la campaña presidencial no se refieran apenas a cuestiones sustanciales, como el cambio climático y la reglamentación de las emisiones, la reforma del código penal y el sistema penitenciario, el fomento a la educación y la necesidad de renovar la infraestructura, entre otros. Los debates en las primarias se han centrado en ataques personales entre los candidatos, principalmente los de Donald Trump, cuya salaz inventiva ha convertido a las primarias en una de las más divertidas sesiones de la televisión.

La hipotética llegada a la Casa Blanca de un perfil, digamos excéntrico, como el de Donald Trump lleva a prever alteraciones sustanciales en la política exterior americana. ¿Qué continuidades y qué cambios vislumbra en la misma según el nuevo presidente sea demócrata o republicano?

Temblamos al pensar que las barrabasadas de Donald Trump puedan llegar algún día a convertirse en política exterior. Algunas son patentemente anticonstitucionales; y otras chocarían abiertamente con el estamento diplomático y militar. Incluso los que critican al presidente Obama admiten que su política exterior ha sido de una moderación y de un equilibrio que la opinión pública confirma, pese

“El giro hacia Asia, que Obama ha convertido en el centro de gravedad de su política exterior, continuará con Hillary Clinton”

a que por su talante gustaría de reacciones más contundentes. Continuará desde luego la resistencia contra nuevas aventuras en el exterior. Es difícil ver qué cambios pudiera el futuro presidente introducir en Irak y Afganistán. Probablemente tendrá una postura más firme respecto a Irak, y si ganan los republicanos, ciertamente contra Irán. ¿Desaparecerá la inquina entre el presidente y el primer ministro israelí? Puede que se lleven mejor, personalmente, pero incluso los judíos americanos ven con preocupación el flujo ultraconservador del gobierno israelí y su negativa a resolver de una vez la cuestión palestina.

El giro hacia Asia, que Obama ha convertido en el centro de gravedad de su política exterior, continuará con Hillary Clinton, que fue su principal artífice. Los republicanos tendrían una postura más firme respecto a China, como alardea Donald Trump, pero se tentarán las ropas antes de romper el delicado equilibrio que Obama y Clinton han logrado con China; también tendrían una postura más firme respecto a Rusia en Ucrania y en Siria; pero es difícil que puedan ir más allá de lo que el presidente Obama está haciendo al fortalecer la presencia de la OTAN en Europa Oriental.

Un presidente demócrata continuará sin duda las líneas generales de la política exterior de Obama; un presidente republicano quizá rompiera violentamente esa tesitura, como George W. Bush hizo respecto a la política exterior de Bill Clinton, pero es muy poco probable, teniendo en cuenta la tranquilidad que el electorado ha estado gozando durante el mandato de Obama.

Por último, aunque sea arriesgado le pedimos un pronóstico: ¿quién será el próximo presidente de EE.UU.?

Clinton tiene ganada prácticamente la nominación demócrata. Cuenta con muchos más delegados y votos que Sanders. Los republicanos han estado intentando arruinar su candidatura con acusaciones más bien fabricadas, pero no es nada probable que el FBI la culpe de violar secretos de estado por el uso indebido del acceso al internet, y el informe del Senado sobre su supuesta culpabilidad en la tragedia de Bengasi, después de la prolongada y exhaustiva investigación que lo precedió, es ya agua pasada bajo el puente.

La cohesión de los demócratas, a la que paradójicamente ha contribuido el giro hacia la izquierda de Sanders, contrasta con la intensa división de los republicanos. Si Trump logra la nominación se verán en un aprieto por conseguir que salga a votar una buena parte del electorado republicano. Si consiguen evitar la nominación de Trump es posible que dé un portazo al partido y presente una candidatura independiente.

Pasado el calor de la contienda de las primarias, en las elecciones de noviembre el electorado tendrá más en cuenta la garantía de una presidencia seria y responsable que ofrece la experiencia de cincuenta años de vida política de Hillary Clinton, aunque le va a costar mucho más de lo que creen sus partidarios: está aún por ver hasta qué punto logrará la demagogia de Trump atraer al electorado frente a una candidata que no consigue ser popular.

Mayo, 2016.

BIOGRAFÍA

Jaime de Ojeda

Premio Extraordinario en Derecho en 1957 por la Universidad Complutense de Madrid, ingresó en la Escuela Diplomática y en 1960 en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Entre 1962 y 1969 estuvo destinado en la Embajada de España en Washington. En el Ministerio de Asuntos Exteriores ha sido director de Relaciones Políticas con Norteamérica y director de Relaciones con Asia. En 1973 abrió la primera embajada de España en la República Popular China. En 1976 fue nombrado Cónsul General de España en Hong Kong y Macao. Organizó el viaje oficial de SS.MM los Reyes a la República Popular China en 1978. En 1979 fue asociado al Centro de Relaciones Internacionales de la Universidad de Harvard. En 1982 fue destinado a la OTAN, ministro consejero, primero, y embajador, representante Permanente de España en el Consejo Atlántico desde 1983. En 1990 fue nombrado Embajador de España en los Estados Unidos de América. Terminó su carrera en 1998 como Presidente del Consejo Superior de Relaciones Exteriores. Después de su jubilación ha permanecido en los Estados Unidos como profesor y embajador residente en la Universidad del Shenandoah, en Winchester, Virginia.

Es autor de El 98 en el Congreso y en la Prensa de los Estados Unidos y de numerosos artículos en la revista Política Exterior y en la revista Claves.